

estos pabellones sagrados y augustos, en donde todo está *lleno de Dios*, y aun se diría que allí se le siente y se oye. Por mas que los clamores de los frívolos y áridos *indagadores del siglo* intenten ahogar la voz magestuosa de mis antiguos fundadores, y desacreditar los caracteres venerables de su autoridad, imperturbable siempre en mi firme propósito, no deploraré ciertamente mi ceguedad en el último dia de mi vida, ni abjuraré mi error, para morir en los brazos y en la Fe de esa benéfica y milagrosa filosofía.

DISCURSO SÉPTIMO.

Continuacion del antecedente.

Vuelvo á hablaros, mi querido Vizconde, de la esterilidad y extrema pobreza de los recursos filosóficos; y con este motivo me acuerdo oportunamente de una especie de historia que os pondrá de manifiesto este atributo de la Incredulidad¹.

I Confieso de antemano, Lector mio, que he sido algo prolijo en este discurso, llevado del deseo de hacer sensible una verdad que nunca se meditará bastante; á saber, que el poder de todos los sistemas humanos se anota y desaparece ante la imagen de la miseria, de la enfermedad y de la muerte, y que únicamente la Religión halla en la inmensidad de sus ausilios, cómo hacernos infinitamente precioso y dulce lo que la

Un joven literato de grande talento, y que en su provincia habia tenido siempre Religion, vino á Paris, como se acostumbra. A los pocos dias que habia llegado advirtió, que para dar una buena idea de sí á sus *nuevos conocidos*, era absolutamente necesario que filosofase, y desde luego se esmeró en filosofar. Mas su *alma naturalmente cristiana*, le tenia en continua desazon é inquietud despues de aquel repentino abandono de todos los deberes del Cristianismo. Es una cosa bien estraña, de-

condicion humana nos impone de mas acerbo y doloroso al corazon y á la naturaleza. Nos importa mucho desenvolver esta proposicion examinándola por todos sus aspectos, y los verdaderos amigos de los desgraciados conocerán con cuanta razon no he sido sucinto en las circunstancias y en los ejemplos.

cia, que para llamar la atencion, y merecer el aprecio de los árbitros de la gloria, no sé requiera ya ni Dios ni creencia ni Iglesia. Reflexionando sobre esta materia *Filemon*, este era el nombre del literato, se presenta al *Venerable* de la Logia, *Dionisio*, famoso Diseñador de la *Ciencia universal*, antiguo metafísico, autor apocalíptico de muchos comentarios sobre la *Naturaleza* y sobre la *Moral*. — Señor, dícele Filemon, atraído del honor de disfrutar con todos vuestros discipulos del título de *Educando* del mayor de todos los filósofos, he renunciado como ellos de Dios y del Evangelio; mas no debo ocultaros que necesito me alienten en mi resolucion; por mas que me violente, repugna mi corazon tomar la disposicion filosófica, y si vos no me sostenéis con vuestras luces y consejos,

volveré á caer infaliblemente en mi antigua supersticion. Grande hombre, dignaos examinar lo que en mi alma combate al deseo de vivir y morir filósofo. Amo apasionadamente la verdad, y adoro la virtud; os lo diré francamente: lo que me hace tan penosa mi renuncia de la Religion, y lo que á pesar mio me impele hácia ella, es la esperiencia propia de su fecundidad y eficacia para satisfacer llenamente esta doble necesidad de mi entendimiento y de mi corazon, que solamente ella entienda en una acepcion digna, y en una suerte de inmensidad la sublime palabra de *Verdad*, y haga concebir una alta idea y adapte una existencia real y un valor fijo al nombre sagrado y augusto de la *Virtud*; sin ella todo se desvanece para mí, y solo veo delante fantasmas y quimeras. — Hijo mio, dijo el anciano, no

hay preocupaciones tan absurdas de que no cueste mucho desprenderse, cuando se ha tenido la desgracia de educarse en ellas. Lo que encadena á los hombres á este Coloso religioso, que tanto he deseado ver derribado, es que entregándose confiadamente desde sus primeros años á la ignorancia y fraudes de los sacerdotes, *no se han conocido jamas á si mismos, ni han tenido ideas exactas de la moral* ¹. Dos manantiales terribles de todos los males de la tierra, de que han dimanado la tiranía, la supersticion, el fanatismo, la prepotencia del Clero, la nulidad de los filósofos. — Luego seria feliz el hombre, si tuviera de sí mismo el conocimiento que se ofrecen á darle los filósofos: ¿y vos creéis que todo iría mejor en la sociedad,

¹ Del hombre y de sus facultades.

si se hubiesen conservado *aquellas ideas exactas de la moral* que borró la enseñanza religiosa? Permittedme pues que primero os pregunte lo que haceis del hombre: ¿á qué le destináis? de dónde viene? en qué ha de venir á parar?— Amigo, nada hay de real ni de efectivo en el hombre, fuera de lo que en él vemos: *Es un animal, dicen, racional; pero ciertamente sensible, debil y propio para multiplicarse* ¹. De dónde viene? del mismo *principio de energía*, que formó el fósil que sacais de las entrañas de la tierra. ¿En qué vendrá á terminar? En lo mismo que todos los seres; se disolverá como ellos, y *la dispersion irrevocable de los elementos que componen su cuerpo* será su último y eterno estado. Preguntar á

¹ En la misma obra.

donde va á parar este principio del pensamiento que se llama *alma*, es tan grande necedad, como buscar á donde ha ido á alojarse el *flogístico de un pedazo de hierro* que el tiempo y el hollin han destruido. Haced que vuestra sensibilidad sirva para vuestro deleite; sostened vuestra debilidad con cuanto os rodea, y perpetuad vuestra existencia en otros vos mismos: esta es la vocacion del hombre; todo lo demas no es sino extravagancia y mentira.

Estos principios, Señor, repuso Filemon, pueden ser admirables, pero entiendo que me falta á mí mucho camino que andar antes que guste de ellos con sinceridad. Y sino decidme ¿de qué manera alcanzáis que podrá ser feliz el que penetrado bien de su espíritu los tome por *norma* de sus costumbres? y un miserable, por

egemplo , que nada tiene que esperar en la tierra de parte de los hombres ni de la fortuna , ¿ se hallará mejor de mirarse como la víctima eventual de una fatalidad inevitable , y de que un nada eterno termine todas sus penas ; ó bien de escuchar á su Pastor, que le dice , que nada sucede por acaso , y que una felicidad eterna compensará al desgraciado en una otra vida , de las privaciones y amarguras que sufra en esta ? Yo me considero en el lugar de aquel desventurado que no tiene otra esperanza en la tierra que en los músculos de sus brazos , que come y reparte todos los dias á su triste é inocente familia un pan grosero , y bañado en sudor y lágrimas ; y en semejante situación no veo que un filósofo pueda darme mucho consuelo con venir á decirme, que no media diferencia alguna entre

yo , y aquel animal destinado á arrastrar penosamente la reja del arado que surca la tierra. Paréceme muy al contrario , que la idea de un Dios, que ve todo lo que pasa , y que tiene miras de la mas alta consecuencia en la distribucion de los bienes y males de la vida , es absolutamente necesaria á la porcion que sufre de la humanidad , la cual en este mundo no tiene sino su esperanza y su Religion para respirar de sus penas. No , yo no puedo creer que un ministro del Evangelio sea el enemigo de sus conciudadanos , cuando dice á una grey de desventurados y pobres que en torno se reunen, que Dios cuida de ellos ; que todos sus suspiros estan escritos en el libro inmortal ; que los ama en extremo ; que los reyes sobre los tronos no son á sus ojos criaturas mas escelentes , que el mas pequeño

de los que colocan en él su confianza; que hasta *sus cabellos estan contados*, y sus menores sacrificios grabados en las columnas de la *ciudad incorruptible*, en donde vivirán eternamente; que gemir y llorar aquí bajo, es el sello glorioso y augusto de la predileccion divina, y que en el último dia oscurecerá todas las grandezas de la tierra el resplandor que cercará al humilde discípulo de la cruz y de la paciencia. ¿Por qué razon la filosofia no ha de dejar al pobre pueblo este único sustentáculo en su miseria? Llega á su colmo el infortunio, cuando nos fuerza á aborrecer nuestro estado, maldecir á los que son mas dichosos, y á sufrir sin esperanza. Facil cosa es pasar sin Religion, y no creer en la otra vida, cuando uno se halla bien en esta; pero el sentimiento de las penas y de

las necesidades, ¡cuan precioso nos presenta un Evangelio, que nos promete descanso y gozo mas allá de nuestro sepulcro! Cuando todavía no necesitaba ser filósofo asistia con frecuencia al templo, y no pocas veces me ha enternecido la viva impresion que producía en una multitud de desgraciados, aquel patético aparato del ministerio evangélico. Abriéndose á las esperanzas de la Fe aquellas almas ingenuas y sensibles, mostraban reconocer su único asilo, y que se encontraban, por decirlo así, en su verdadero elemento. Todo hablaba en ellos de la grata revolucion que producian en sus corazones el pensamiento y la esperanza de una mejor vida. ¡Qué atencion! qué compostura! qué miradas! qué suspiros! qué deliciosas lágrimas! ¡Y cual me parecia entonces la Fe una antor-

cha augusta y adorable! ¡Y qué filósofo, aun naturalmente insensible, no se interesaria con emociion en la prontitud, alegría y religion pura y candorosa, con que aquel buen pueblo interrumpiendo sus labores, y olvidando todas sus atenciones y cuidados domésticos, vuela al templo, para llenarse de su Dios, su único bien, y cantar allí sus eternas misericordias!

Con impaciencia estuvo escuchando Dionisio estas reflexiones, cuya sabiduría no dejaba de perturbarle; y arrugando las cejas, con el ademan del desprecio, le dijo con amarga sonrisa: Veis ahí, mi pobre Filemon, unas *espiritualidades* que hieren con vehemencia, mas por desgracia únicamente prueban la extrema necesidad en que se halla vuestra razon de sacudir el yugo de las preocupa-

ciones. Me hablais de *la porcion de la humanidad que sufre*; y en lugar de retroceder al origen de los males que afligen á los hombres, os deteneis frivolamente en indicar su alivio en el mismo veneno que los ha causado. ¿Y no veis que es la Religion la que se opone á la felicidad general? ¿qué no habría desventurados que consolar, si se proscibieran de la tierra el Evangelio y los sacerdotes, y se dejara obrar á los filósofos?— Ah! yo no lo veo así de ninguna manera, si no teneis paciencia para hacérmelo comprender bien.— Oh Filemon! recogeos profundamente en vuestro interior, y seguid con atencion la serie de las grandes cosas que voy á deciros. Una luz enteramente nueva va á brillar en el fondo de vuestra alma, y sereis un filósofo sublime si teneis con que serlo. Este

es desde luego un principio de una verdad, de una fecundidad y riqueza, que le venero como el centro de todos los bienes, y el padre de la felicidad pública; á saber, que *la sensibilidad física es la causa única de nuestras acciones, de nuestros pensamientos, de nuestras pasiones y de nuestra sociabilidad*¹. Desengañaos radicalmente del error en que por desgracia caen casi todos los hombres, y que es la fuente mas universal de las miserias de este mundo; este error consiste en creer, que en el hombre *la facultad de juzgar es distinta de la facultad de sentir*. ¿De cuántas calamidades públicas y privadas se hubiera preservado al género humano, si en todas las épocas se hubiesen convencido sus legisladores, de que *en el hombre todo es sensación*, y que á ella deben referirse

todos sus juicios, sin exceptuar ninguno, aun de *los que* resultan de la comparacion *de las ideas abstractas, colectivas &c.*² No hay que esperar felicidad sobre la tierra, sino tiene por basa la garantía de una legislacion sencilla, sabia y uniforme, ni leyes adecuadas al verdadero carácter de los hombres, si proceden de otro origen que de la filosofia, á *la cual sola compete elevarse hasta el principio simple y productivo de las pasiones, no menos que de las facultades intelectuales*; *aquel principio que le revela el grado de perfeccion á que pueden llevarse las leyes, de cuya sabiduría dependen únicamente las virtudes y la felicidad de un pueblo*³. Por entre estas ideas santas y puras, que apenas os muestro de una manera general, ¿no columbrais, hijo mio, la risueña imagen de un

mundo franco, libre, virtuoso y feliz? Si en ellas no percibis ya los primeros *lineamentos* de la felicidad universal, desespéro poder jamas hacer de vos un verdadero filósofo.

Escuchaba Filemon sin replicar, bien que no podia concebir ninguna conformidad entre toda esta fúnebre metafísica y la regeneracion de un universo en que ya no hubiera desgraciados; y advirtiéndolo Dionisio su extrañeza y embarazo: joven, prosiguió, vuestra falta de reflexion y de esperiencia no os ha permitido hasta ahora observar dos cosas, que no por eso dejan de ser muy palpables; la primera es que la imperfeccion, la oscuridad y la complicacion de las leyes han causado todos los vicios que alteran más y más la constitucion social, y mantienen esas desproporciones y desigualdades que estreme-

cen á la naturaleza: la segunda es que las ideas religiosas con que el fraude de los sacerdotes ha *atestado* todos los espíritus, han borrado el divino principio *de la sensibilidad física*, el cual solo puede servir de fundamento y guia á una legislacion clara, simple y perfecta. — Pero y la moral..... Ah! amigo, no pudiendo ser el hombre bueno ó malo, sino conforme á la direccion que toma ó recibe la *sensibilidad física*, que es en él el único resorte de todos sus pensamientos, de todos sus hábitos, de toda su actividad, ¿no es evidente que *las ciencias de la Moral, de la Política y de la Legislacion son una misma y única ciencia?*⁴ ¿Quiénes deben ser pues los verdaderos doctores de la Moral? Los sacerdotes? Ciertamente que *no*: ¡el cielo nos libre de ese azote ó plaga del

bienhadado principio de la *sensibilidad física!* Pero los magistrados. — Todos los magistrados no son propios para comprender toda la profundidad y todas las emanaciones del grande principio. — Se pondrán, hijo mio, bajo la conducta de los filósofos, á quienes toca en efecto *penetrar mas y mas en el abismo del corazon humano para sondear todos los principios de sus movimientos. Y al ministro le corresponde someterse á sus luces, y aprovechándose de sus descubrimientos, hacer una acertada aplicacion segun los tiempos, los lugares y las circunstancias.* ⁵ El ministro, á la verdad, *conoce mas individualmente los negocios que el filósofo, pero este puede estudiar mas despacio el corazon humano. Uno y otro estan destinados á ilustrarse mutuamente cada uno en su género de*

estudio. — Pero, Señor Dionisio, los hombres, aun los mas sabios, no estan exentos de algo de ambicion; y si el ministro necesita un filósofo, y en reconocimiento de las instrucciones que recibe *acerca del abismo del corazon humano*, le ilumina por su parte en la *dependencia* de ciertos asuntos, quedaba entonces demostrada tanto la inutilidad del ministro, como la del sacerdote para el bien público; y este hombre que tan solo deseaba auxiliarse de las luces del talento, quedaría tambien desechado, como que no entendía tampoco *la sensibilidad física*, ni por consiguiente la manera de hacer felices á los hombres. — Hijo mio, no me ofenderé de este chiste.... — Oh! no señor, jamas usaré yo de semejante libertad con una persona de vuestro carácter. Es una observacion..... —

Amigo, feliz aquel imperio en que ese filósofo, si era como conviene, suplantaba al que se hallara al frente de los negocios públicos sin penetración para comprender verdades tan altas, ó bien sin docilidad para dejarse conducir. — Convendría mas en mi dictamen reducir todas esas asociaciones á colocar en el trono al filósofo que se reconociera mas versado en la doctrina de la sensibilidad física. ¡Oh y cuanto deseo poder ver en mi vida una nacion educada y gobernada por el principio de *la sensibilidad física!* — Hijo mio, el divino Platon habia formado el mismo voto, *columbrando sin duda esta verdad, cuando decia: « Las ciudades y los « que las habitan quedarán libres de « todos sus males en aquel momen- « to, en que la filosofia y el poder « reunidos en una misma persona,*

« harán que la virtud triunfe del « vicio 6. » Dichas estas palabras se despidió Filemon, espresando su gratitud al filósofo con fina urbanidad.

Qué hombre! decia á sí mismo euando se volvia; le pido que me explique llanamente de qué manera va unida á la filosofia la felicidad de los hombres, y me precipita en un dedalo de racionios fútiles é insubsistentes, estraviándome á perder de vista en todo el embolismo de la mas árida y escabrosa dialéctica! Por qué he de ser filósofo? Qué principio, Dios mio! ¡Y de esa metafísica soporífera pretenden que ha de salir la ventura de todo el género humano!

Yendo su camino encuentra un eclesiástico que llevaba á un mori-

bundo los últimos ausilios de la Religión, y por un movimiento involuntario se postra en el suelo. Embobido entonces en una profunda meditación, y agitado por una sensación de melancolía: Oh Religión adorable! prorumpía en su interior, tu grande triunfo consiste en que eres necesaria al hombre que muere, y el único sistema que nos consuela, aun cuando todo se hunde y se desvanece en torno de nosotros, burlados en las halagüeñas esperanzas con que nos lisonjeara y detenía en nuestros devaneos su falaz atractivo. Enagenado con este pensamiento se levanta y se incorpora con los que acompañaban al sacerdote, síguete hasta en el aposento del enfermo, que se le veía horriblemente perturbado al acercarse su última hora. Oh Dionisio, Dionisio! exclamaba al mirar aquel triste es-

pectáculo, ¿qué pueden aquí todas las ideas de legislación y de sensibilidad física? Qué dirías á ese hombre, que no sabe de qué valerse para tranquilizarse contra los terrores que le cercan? « Insecto de este globo! bastante has arrastrado: sufre el destino de todos los seres; perdona á la naturaleza, y muere. » Veis los últimos consuelos de la filosofía.

Todas las circunstancias parecían haberse combinado para Filemon; el moribundo habia vivido en la Incredulidad, sin recato ninguno; muy pocos momentos que habia cedido á las instancias de su párioco y las sollicitaciones de algunos amigos virtuosos, que conservaba entre los innumerables tan malos como él, que entonces llenaban el aposento. El ministro de la Religión, antes de em-

pezar la sagrada ceremonia , se acerca al enfermo , y con el acento de los sentimientos que deseaba inspirarle, le dirige estas palabras :

« La Religion , Señor , trayéndoos
« al lecho del dolor la prenda adora-
« ble de la verdad de sus promesas,
« no desea inspiraros otro sentimien-
« to que la dulce y pura alegría de
« una alma restituida al seno de la
« virtud. Recogeos con una tierna y
« total confianza bajo la vigilancia
« misericordiosa de aquel gran Dios,
« que lo es todo, que lo llena todo,
« y que solo en medio de las vicisitu-
« des de aquí bajo”..... Interrúm-
pele con sobresalto una mirada, en
que ardia la desesperacion del des-
venturado que tragan las olas del
mar , y sus ojos despavoridos vagan
con increíble rapidez , y fijándose in-
móviles, hielan de espanto á los espec-

tadores ; queda absorto el sacerdote
sin poder pronunciar una palabra , y
el moribundo rompe en fin aquel ter-
rible silencio : « La iniquidad del
« impío es indeleble ; no hay que ha-
« blarle de esperanza. Mi crimen ha
« penetrado hasta lo interior de mis
« huesos , le siento correr con mi san-
« gre en las venas , y ya no se le pue-
« de separar de mi propia substancia.
« La augusta presencia de ese tierno
« y terrible misterio en esta morada,
« en que tantas veces fue blasfema-
« do , aumenta el horror del recuerdo
« de mi vida. Volvedle al templo , Se-
« ñor , que mi corazón le repele , y lo
« que es tan santo , no debe residir
« sino en unos asilos inocentes y pu-
« ros..... Oh pérfida filosofía ! aquí
« tienes tu obra..... Los miserables !
« todavía en esta hora..... Ah ! ¿ no
« bastaban mis propios horrores , sin